

Y luego ¡oh portento de los portentos y prodigio de los prodigios divinos! el sacerdote, cual si estuviera identificado con Jesucristo, toma la Hostia en sus manos, la bendice, y hallándose al mismo tiempo todos los fieles arrodillados, pronuncia las misteriosas palabras sacramentales, y... ¡pásmense los cielos! Jesucristo, Rey de Reyes, Dios de Dios, se hace presente en el altar, oculto bajo las especies sacramentales, y el pan y el vino quedan convertidos en Cuerpo y Sangre, en alma y divinidad de Cristo nuestro Señor!

Al llegar aquí, cada cual medite en silencio tan asombrosa maravilla; adore, dé gracias, y diga humildemente con el apóstol Santo Tomás: *Señor mío y Dios mío*. (Joann., XX, 28.)

¿Qué más diremos? Ya está la divina Víctima en nuestra presencia; ya el sacerdote se inclina, adora, bendice, y con sus frecuentes genuflexiones y numerosas cruces está como diciendo al pueblo fiel: «He aquí nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Médico, nuestro todo... ¿Quién no da su corazón y su vida por Aquel que es la vida de nuestro corazón?»

No es posible detenernos á considerar las múltiples significaciones que cada una de estas ceremonias encierra (1): sólo diremos que innumerables ángeles rodean el altar, adorando la Víctima sacrosanta, y que el sacerdote, dirigiendo su voz al Padre celestial, dice: *Os ofrecemos, Señor, esta Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada, Pan sacrosanto de vida eterna y cáliz de perpetua salvación*, haciendo al mismo tiempo cinco cruces, no para bendecir la Hostia, sino para que nosotros seamos bendecidos y santificados por ella (2), y á continuación ruega al Señor que envíe sus ángeles para que eleven nuestros humildes votos al trono del Altísimo, y seamos llenos de toda bendición y gracia del cielo (3). Sólo diremos que en estos momentos solemnes, teniendo el sacerdote la divina Víctima ante sus ojos y fijos en ella, hace el *Memento de difuntos*, como obligando á Dios á que otorgue inmediatamente á las ánimas benditas del purgatorio copiosas consolaciones y alivio en sus penas.

ratam, rationabilem, acceptabilemque facere digneris.—S. Pascas., Serm. De Corpore et Sang. Dom.

(1) Pueden verse en la *Summa de exemplis*, de Joann. á S. Geminiano, libro X, cap. XXVI.

(2) Sacerdos post consecrationem non utitur cruces signatione ad benedicendum, sed solum ad commemorandum virtutem Crucis. (S. Thom., p. III, q. 83, a. 5.)

(3) Ut omni benedictione coelesti et gratia repleamur.

13. PARTE TERCERA DE LA MISA.—Aquí termina la segunda parte de la Misa, comenzando la tercera con la oración por excelencia, ó sea el *Padre nuestro*, en el que pedimos todo cuanto podemos desear; y como si no fuera bastante, añade el sacerdote: *Libranos, Señor, de todos los males pasados*; esto es, de los pecados cometidos, y *de los males presentes*, que son las tentaciones é imperfecciones, y *de los males futuros*, ó sea de las penas de la otra vida. Todo esto interponiendo la intercesión de los Santos, de la siempre Virgen María, y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo (1). Si la oración ordinaria por sí sola contiene ya una fuerza omnipotente para recabar de Dios todo género de bienes, ¿qué serán las oraciones dichas en ocasión tan crítica, dentro, digámoslo así, del corazón de la santa Misa? ¡Oh! Si los hombres consideraran lo que esto es, lo que esto vale, y el tesoro infinito de gracias que esto encierra, ¿cómo era posible que hubiese tantas desdichas en el mundo? Somos desgraciados porque no aprovechamos bien las riquezas celestiales que el Señor nos otorga en el Sacrificio eucarístico. ¡Quiéren los hombres vivir felices huyendo de la Eucaristía, fuente de toda felicidad! ¡Desdichados!

¿Qué hace después el sacerdote? ¡Oh! Pide al Señor el bien más estimable; pide la paz para todos, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum*. «La paz del Señor sea siempre con vosotros.» Dadnos, buen Dios, la paz que sobrepuja las delicias de la tierra; haced que nuestra alma viva en paz con Vos, cumpliendo vuestra voluntad santísima; en paz con el prójimo, sufriendo con paciencia sus defectos; en paz con nosotros mismos, teniendo las pasiones sujetas á la razón.

Y como lo que roba la paz al hombre son los pecados, por eso á continuación, y después de dividir la sagrada Hostia, para imitar á Jesucristo cuando tomó pan, lo partió y dió á sus discípulos, deja caer parte de la Santa Forma en el cáliz, como diciendo: desaparezcan de nuestra alma todos los pecados; venga la paz á nuestros corazones, y quede para siempre sellada con la sangre purísima del divino Redentor. *AGNUS DEI. Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros*; y lo repite por tres veces, en memoria de la Santísima Trinidad, para quedar asegurado cuanto es dable tan precioso don.

14. No podemos pasar en silencio la altísima significación de estas fracciones de la Hostia y la bajada de una de las partecitas

(1) Benedict. XIV, cap. XIX, n. 7.

al fondo del cáliz, uniéndose con la Sangre divina. Tres cosas hay aquí: la *fracción*, el *descenso* y la *unión*. La fracción de la Hostia significa la separación del cuerpo y del alma de Cristo, hecha en la Pasión: significa la distinción del cuerpo místico de Jesús según sus diversos estados; significa la distribución de las gracias procedentes de la Pasión de Cristo. La parte de la Hostia que desciende al cáliz designa al mismo Cristo, ya cuando descendió al seno de Abraham, ya cuando tornaron á unirse su alma y su cuerpo en la Resurrección. La unión de dicha partecita de la Hostia con la Sangre de Jesucristo denota: primero, la unión de Dios y del hombre en la Encarnación; segundo, la unión de Dios con el hombre en la Comunión sagrada; tercero, la unión de los elegidos con Dios en el cielo. Mas como estas dos últimas uniones tan gloriosas é inefables exigen por parte nuestra el estado de gracia, por eso el sacerdote dice y repite tres veces, no sólo el AGNUS DEI, sino el DOMINUS, NON SUM DIGNUS: *Señor, yo no soy digno*.

Por último, el sacerdote comulga, los fieles también y la Misa propiamente dicha termina, quedando realizada la unión más íntima que puede existir entre Dios y el hombre, entre el Criador y su predilecta criatura. ¡Gracias á Dios! He aquí lo que se hace en la cuarta parte de la Misa: dar gracias al Señor por tan grandiosos, inauditos y nunca bien ponderados beneficios. Justo es que los cristianos, sabiendo, creyendo y presenciando esto una y muchas veces cada día, digamos y repitamos de lo íntimo de nuestro corazón: *Gracias á Dios, gracias á Dios, gracias á Dios*.

15. En resumen: el Sacrificio eucarístico, tal como se realiza todos los días en nuestros altares, es exactamente el mismo que el verificado en el Cenáculo, no sólo en cuanto á su *naturaleza*, sino también en cuanto á su *forma y ceremonias* principales.

En el Cenáculo precede el lavatorio de los pies, como figura de la purificación de las conciencias. *En el altar* se antepone la aspersion del agua bendita ciertos días, y además el *Confiteor* y los *Kyries*, que significan la limpieza de las almas, y una exclamación penitente, diciendo: *Señor, tened piedad de nosotros*.

En el Cenáculo hizo Jesús una admirable instrucción antes de la cena; *en el altar* se cantan ó se leen la Epístola, el Evangelio y el Credo, y algunas veces se predica el sermón para que el pueblo quede instruído.

En el Cenáculo tuvo lugar la acción de Jesús tomando el pan, bendiciéndole y ofreciéndole á su Eterno Padre; *en el altar* el sacerdote hace el ofertorio, presentando el pan y el vino

que se han de convertir en la carne y en la sangre de Jesucristo.

En el Cenáculo consagró el Señor con las mismas palabras que hoy se consagra, y éstas y aquéllas hacen igual sentido y tienen el mismo poder. Allí el pan y el vino, después de consagrados, quedaron con las mismas apariencias, y otro tanto acontece en nuestros altares, hallándose entonces y ahora oculto bajo las especies sacramentales Cristo nuestro Señor.

En el Cenáculo fué Jesucristo quien dió á los Apóstoles su cuerpo y su sangre en Comunión; *en el altar* lo hace el sacerdote como otro Cristo y en su nombre, repartiendo á los fieles la sagrada Hostia.

En el Cenáculo, y después de la cena, Jesucristo dió gracias al Eterno Padre, recitando con sus Apóstoles el *himno*; *en el altar*, concluida la Comunión, recita el sacerdote las oraciones finales en reconocimiento al Señor y da la bendición al pueblo.

16. He aquí en breves palabras lo que es el Sacrificio de la Misa con relación al Sacrificio del Cenáculo; y como uno y otro se refieren al de la Cruz, cabe decir en verdad que son tres sacrificios distintos en cuanto al tiempo y al modo, pero en realidad uno solo; así como en el misterio augusto de la Santísima Trinidad son tres Personas distintas y un sólo Dios verdadero.

¡Demos gracias al Señor por tan insigne como inmerecido beneficio! Roguemos en la santa Misa por aquellos hombres infelices que quisieran ver cerradas nuestras Iglesias y destruidos nuestros altares. Torrentes de luz no bastan para que abran sus ojos; pero Dios, con su misericordia infinita, puede hacer el prodigio de que sean convertidos, y al efecto dejó en nuestras manos el Sacrificio eucarístico, sin el cual ellos y nosotros y el mundo entero estaría ya aniquilado. ¡Gloria á Dios por merced tan señalada, y adorémosle y bendigámosle por los siglos de los siglos!